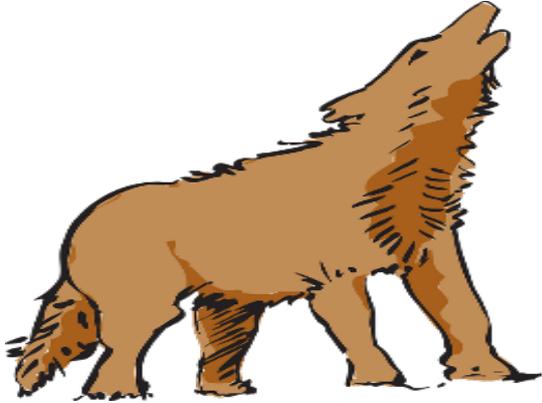


Don Pablo y sus Historias; la Serpiente que se levanta y los Coyotes de la Luna Llena

Fernando Rosales



Capítulo 1



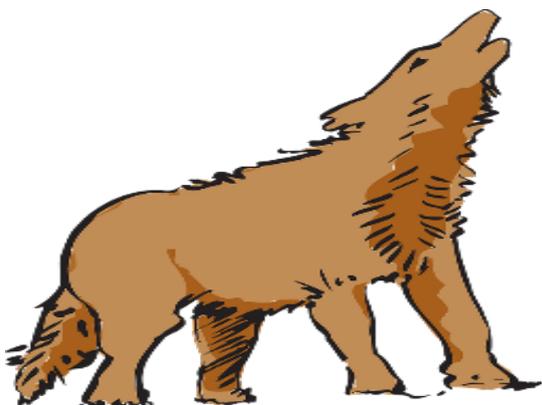
**Don Pablo y sus historias, la
coyotes.**

serpiente y los

Derechos Exclusivos © 2009

Por Fernando Davalos

Todos los Derechos Reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada para ser repositada, o transmitida en ninguna forma o por ninguna manera; electrónica, mecánica o de otra forma, salvo para un uso razonable, sin la autorización por escrito del autor.



Índice

Capítulo 1: Don Pablo

Capítulo 2: La Serpiente Erguida

Capítulo 3: Los Coyotes de la Oscuridad

Capítulo 1

Don Pablo

Para nuestro grupo de ecología espiritual práctica y aplicada *Don Uriel* el haber conocido a Don Pablo fue un hallazgo bastante afortunado. Hombre recio, curtido por el sol y con la sabiduría que solo los años regalan, gustaba de compartirnos sus valiosas experiencias de vida en la forma de interesantes relatos que a todos nosotros nos interesaban sobremanera.

Don Pablo trabajaba cuidando la casa de un vecino y arreglando su jardín y era originario de una población cercana a Mezcala de la Asunción, teniendo ya muchos años de radicar en la población de Chapala. Se trataba de un auténtico personaje ya en su tercera edad y que seguramente tenía contacto con los guardianes de tradición de la región y que nos asombraba y entretenía con su interesante plática y sus historias.

Un hombre fuerte a pesar de estar cercano a los setenta años, se transportaba en un aguerrido burro que no dejaba de darle dolores de cabeza y tumbarlo de su montura de cuando en cuando y siempre se hacía acompañar de dos bravos y bien entrenados perros. Era un bello espectáculo verle llegar bien derecho y montado en su burrito, con un porte y una dignidad que solo poseen quienes han avanzado bastante en el camino espiritual.

De un enorme espíritu de servicio, una alegría constante y fácil sonrisa que siempre son características de seres con una alta espiritualidad, nos ayudaba siempre de manera espontánea en lo que podía, ya sea a ayudarnos a plantar nuestro jardín o a echarle un vistazo a nuestra casa cuando salíamos de viaje o bien llevándose al pequeño Ignacio al cerro a recoger camote.

Tanto Paloma como yo desarrollamos con él y con su esposa una sincera amistad ya que nos honró invitándonos a su casa en más de una ocasión y donde tuve oportunidad de brindar un poco de ayuda homeopática a su señora. Por supuesto que siempre correspondíamos a su generosidad ayudando a su economía familiar con algunas cantidades de dinero que

siempre se resistía a aceptar en un principio.

Capítulo 2

La Serpiente Erguida

Como siempre sucede, las interesantes historias que nos contaba Don Pablo fueron poco a poco asentándose en nuestros corazones y descubriendo en los mismos su profundo significado y prácticas enseñanzas.

De las muchas historias que nos contó recuerdo al menos dos, la de la serpiente y la del coyote. En una ocasión, nos comentó:

- Recuerdo cuando estaba *tierno*, me encontraba siempre bastante cansado porque en aquellos tiempos trabajaba en las labores del campo y como en mi juventud era *una bala perdida*, pues ya podrán imaginar que mi cansancio era doble – río –

Una vez, al final de mi jornada, - continuo - regresaba solo por un sendero que llevaba de los sembradíos al camino de piedras que bajaba a la población, cuando empecé a escuchar un ruido bastante conocido y también temido por aquellos *lares*, especialmente en los tiempos de secas.

Eran como cascabeles – *pensé luego* – y se escuchaban detrás y a la izquierda de donde caminaba.

No quise voltear *para nada* y apure mejor el paso para alejarme pronto de lo que pienso era una cascabel –

- ¿ Una cascabel don Pablo ? – pregunte

- Si una serpiente de cascabel – aclaro – y era una serpiente y no una *culebra*, pues las culebras no hacen nada, pero a las serpientes, a esas hay que tenerles miedo – afirmo.

- ¿ Y entonces, que paso? la dejo atrás ?

Pregunte intrigado

- Eso *creiba* yo – rió –

Pero a las serpientes no se les deja atrás tan solo apurando el paso, pues cuando pensé que le había ganado con mi caminar, que la veo con el rabillo del ojo y como en un chispazo a mi izquierda otra vez y entonces si

voltie y la vi parada sobre si misma a la *indina* y con su bocota abierta lista para lanzarme una tarascada –

- ¿ Y que hizo entonces Don Pablo ? pregunte con gran interés

- Pues lo que cualquiera en mis huaraches hubiera hecho – rió de buena gana – corrí como alma que lleva el diablo y con todas mis fuerzas para quitármela de encima y salvarme de una buena mordida, porque si me agarra en esa vereda que casi nadie usaba me encuentran bien tieso hasta el día siguiente. *Esas* lo pican a uno y olvídese, no hay nada que hacer –

- Lo chistoso es que a pesar de correr con toda mi alma aún seguía escuchando a la condenada con su horrible cascabeleo a mi *siniestra* y al dar vuelta en un recodito como que vi algo que me espanto aún más porque no *creiba* lo que veía con mis ojos –

- ¿ Pues que vio Don Pablo ? - intervino Paloma con gran curiosidad

- Pos a la *mismita* serpiente que ya casi me alcanzaba serpenteando bien fuerte y aun parada y *engallada* por morderme con sus fauces bien abiertotas – rió – En ese mismo momento, empecé a pensar que esta no la *libraba* pues ya me estaba cansando de la corrida y el cascabeleo ya me traía todo atarantado, cuando a la distancia vi mi salvación y con lo que me quedaba de *tripas* me dirigí allá corriendo lo más fuerte que pude –

- ¿Hacia adonde Don Pablo ? –

- Hacia una barda de piedra de un ejido que estaba a unos cincuenta metros de donde yo *encarrerado* me dirigía y que gracias a Diosito se veía *rete* bien alta *pa* la serpiente-

- ¿ Oiga Don Pablo pero como le hizo ? – Pregunte - porque en lo que usted se encarama en la barda y la sube el animal lo muerde – afirme convencido

- Que encarama ni que nada – contesto Don Pablo – al llegar a la barda y con el vuelo que llevaba, como pude me avente sobre la *bardota* para pasarla por arriba, ya sabiendo que si me le estrellaba de frente, *no ocuparía* la ayuda de la serpiente – rió –

Gracias a Dios y al miedo que le dio alas a mis huaraches, alcance a *pasarle* por encima, aunque me raspe bastante mi estómago con las piedras filosas y en la caída no me fue nada bien tampoco, pero aquí me tienen, *vivito y coleando* – termino riendo de buena gana.

Don Pablo como buen hombre del campo, parecía conocer con buena anticipación el curso de los eventos meteorológicos en esa región pues en

una ocasión recién llegados de nuestro trabajo universitario en Guadalajara pasamos a saludarle brevemente en una lluviosa tarde al jardín de nuestro vecino.

Le comente que el temporal ya llevaba varios días sin interrupción debido a la presencia de un huracán cercano a Jalisco. Don Pablo nos dijo como si nada que no nos preocupáramos pues nos iba a llegar *un veranito* de unos tres o cuatro días a calentar un poco, cosa que sucedió exactamente dos días después y con precisión matemática.

Capítulo 3

Los Coyotes de la Oscuridad

Durante aquella charla y sin previo aviso, como siempre acostumbraba, don Pablo inicio el relato de otra de sus interesantes experiencias la cual tuvo que ver con la ocasión en que los coyotes del lugar, que eran numerosos y podían escucharse bastante cerca de nuestra casa aullando casi todas las noches, le dieron un buen susto allá arriba en el cerro.

- Un día andaba allá arriba en el cerro juntando camotes y algunas *plantitas* – comento - cuando me di cuenta de que *había ganado pa* un pequeño vallecito que no conocía muy bien, pero de momento no me apure porque *ya en algunas veces* había pasado la noche allá arriba cuando se me hacía muy tarde, así que me prepare en un lugar donde no pegaba mucho el viento, pero ya cuando me había hecho una cama de ramas y prendido una buena lumbre me acorde que era luna llena por esos días y entonces sí que me *apure* mucho –

- ¿ Qué le apuraba don Pablo ? – pregunte-

- *Pos* la luna – contesto –

Porque con la luna los coyotes son más que coyotes y no respetan a *naiden*, se vuelven harto locos todos.

- contesto entre risas-.

- Oiga Don Pablo – intervino Paloma –

¿ Pero que no estaba usted seguro mientras tuviera su fogata encendida toda la noche ? –

- No señora – contesto –

Con la luna llena, los fuegos no sirven de nada contra esos animales y lo *pior* de todo es que no llevaba ni mis perros ni mi *trueno* conmigo – añadió –

Lo deje en casa de mi patrón pues lo uso *pa* asustar a quien se quiera meter a robar y no pensaba se me fuera *hacer* tarde –

Con gran curiosidad le anime a continuar su relato – bueno Don Pablo, pues entonces ...

¿ Qué hizo ? – pregunte-

- Pos lo único que se me ocurrió en aquel momento fue ganar *parriba* del cerro porque *pabajo* estaba peor porque por allá andaban todos los condenados animales en bola aullando como locos. Así que apague mi lumbre arreglando el lugar lo mejor que pude y con mucha prisa gane *pa* las rocas más altas que veía corriendo casi como flecha en línea recta – rió.-

- Oiga Don Pablo – apunto Paloma – ¿ Pero cómo le hizo para correr hacia arriba y durante la noche ? – pregunto intrigada

- Pos con la ayuda de la luna – contesto –

Cuando hay luna llena, si se *gana para arriba* se puede ver bastante bien y como esta uno *yendo* para arriba no se hace una sombra como cuando se baja – respondió entre risas.-

- ¿ Oiga y llego hasta arriba del cerro ? – pregunte.-

- *Pos* no – respondió don Pablo - porque los condenados animales ya me andaban vigilando desde quien sabe cuándo y me cortaron el paso antes de que pudiera refugiarme entre las rocas altas, y *pos* no me quedo más remedio que ganar *pa mi derecha* pero sin bajar el cerro porque sabía que me estaban tendiendo una trampa arrinconándome a bajar y si *ganaba pabajo* o me agarraban por detrás los que tenía enfrente o los que estaban abajo se me arrancaban *a tarascadas* -

En esos momentos, hizo su aparición el pequeño Ignacio que tenía un gran afecto por don Pablo para ofrecerle un gran vaso de deliciosa agua de sandía, especialidad de Paloma, que don Pablo acepto gustoso y después de dar las gracias a Nachito, como acostumbraba llamarle y de revolverle los cabellos en un cariñoso gesto, apuro con gusto un gran trago y continuo con su interesante relato:

- Así que *pa la derecha* del cerro me fui lo más veloz que pude pero sin correr porque ya *en denantes* me entere *de que corriendo* no se gana nada porque entonces si se le echan a uno encima. Hay que apurar el

paso lo más que uno *se pueda* pero sin correr porque eso si *los pica* y atacan; entonces me fui lo más *deprisa* que pude para tratar de salir del vallecito ese que no conocía y me daba mala espina andar en pleno cerro en lo plano mucho tiempo –

- Mientras andaba por el monte a paso bien veloz - continuo don Pablo - aquellas condenadas fieras empezaron a rodearme dando vueltas *a mi rededor* acercándoseme a veces tanto que podía ver sus ojos blancos por el reflejo de la luna pero sentía bien claras sus negras intenciones – rió –

Y no es bueno verlos de frente *pos* mientras más los ve uno, más se pierde; de pura suerte a la distancia a mi derecha y abajito de donde se encontraba la luneta llena *divise* un arbolito bien espigado que podía ser mi salvación, pero cuando ya casi llegaba, los coyotes me echaron un vaho muy raro con sus aullidos que me empezó a desorientar *rete harto* y en unos cuantos minutos ya no sabía ni donde andaba yo y menos el arbolito, *así de pronto* ya andaba bien perdido –

Después de apurar de un trago el resto del agua fresca, don Pablo continuó:

- Gracias a la Virgencita me acorde no sé ni como de la luna y *voltie* a verla por un ratito y al bajar la cara vi de nuevo el arbolito y *me encamine de luego al mismo* sin importar la *aulladeria* que se traían los condenados animales. Cuando me atarantaban harto con su gritería volteaba a ver a la luneta y así pude llegar al arbolito antes que los coyotes me cerraran el paso –

- ¿ Y qué paso después don Pablo ? – pregunto el pequeño Ignacio.

- *Pos* que la libre porque avente en el pasto lo más pesado que cargaba incluyendo mi costalito de camotes y *me encaramé de rápido* a la mera punta del árbol y aunque llegaron *de a muchos animales* a ladrarme y aullarme y se dieron festín con mis camotes, no pudieron hacerme ningún daño y con su gruñidera y aulladera me ayudaron a estar despierto toda la noche allá encaramado arriba porque si me duermo, de seguro que me caigo y *tonces sí* que se me arma con ellos –

Don Pablo después de respirar profundamente como regresando de su vivida experiencia concluyo su relato:

- En cuanto salió el Sol, los coyotes desaparecieron como por encanto pues se esconden durante el día en sus madrigueras y pude bajar magullado pero contento del arbolito y encaminarme rumbo a mi casa. Esta vez sí que la vi de cerca, pero yo tengo la culpa por necio, eso me dijo mi mujer – agrego entre risas-

Porque solo a mí se me ocurre andar por el cerro solo en la noche y con luna llena; hay muchas cosas por allí que ni es bueno mencionar –

Cuando recordaba asombrado la calidad moral y espiritual de aquel guardián de tradición que nos contaba historias y que nos regaló generoso su amistad, tuve la certeza de que el espíritu de la Laguna Sagrada nos lo había enviado y ante tal descubrimiento no pude evitar el sentirme enormemente honrado y orgulloso por la enorme distinción.